

Tercer verano en vaqueros

Ann Brashares



Bridget, Carmen, Lena y Tibby disfrutaron de su último verano antes de ir a la universidad. Bridget se va a reencontrar con su gran amor, Erik. Carmen verá aumentar su familia al volver a casarse su madre. Lena, por su parte, quiere dedicarse a la pintura y tiene momentos de crisis. Y Tibby persigue su sueño de dedicarse al cine, pero mientras tanto, tiene que cuidar de sus hermanos pequeños. Todas las experiencias les harán madurar.

Para Jacob,
por el que todo merece la pena

Agradecimientos

En primer lugar y como siempre, me gustaría expresar mi reconocimiento y agradecimiento a Jodi Anderson. También doy las gracias, con gran afecto, a mi clan editorial, Wendy Loggia y Beverly Horowitz, así como a todo el grupo de Random House Childrens Books, sobre todo a Marci Senders, Kathy Dunn, Judith Haut, Daisy Kline y Chip Gibson. También deseo manifestar mi agradecimiento a Leslie Morgenstein, que ha participado en esto desde el principio. Y le doy las gracias a mi amiga y agente, la incomparable Jennifer Rudolph Walsh.

Quiero expresar mi cariñoso reconocimiento a mis padres, Jane Easton Brashares y William Brashares, y a mis hermanos, Beau, Justin y Ben Brashares. Y por último, y ante todo, a mi pequeña tribu, Sam, Nathaniel y Susannah.

Nosotras, el Clan, por la presente establecemos las siguientes reglas que rigen el uso de los pantalones vaqueros compartidos:

1. Nunca debes lavar los pantalones.
2. Nunca debes llevar el dobladillo de los pantalones con vuelta. Es hortera. Nunca habrá una ocasión en que esto no sea hortera.
3. Nunca debes decir la palabra «gorda» mientras lleves los pantalones. Nunca debes pensar: «Estoy gorda» mientras lleves los pantalones.
4. Nunca debes permitir que un chico te quite los vaqueros (aunque puedes quitártelos tú en su presencia).
5. No debes meterte el dedo en la nariz mientras lleves los pantalones. Está permitido, sin embargo, rascarse disimuladamente la nariz, aunque en realidad estés metiéndote el dedo en la nariz.
6. En nuestro reencuentro, debes seguir el procedimiento adecuado para documentar el tiempo que se han llevado los vaqueros:

- En la pernera izquierda de los vaqueros, escribe el sitio más emocionante que has visitado mientras los llevabas puestos.
 - En la pernera derecha de los pantalones, escribe lo más importante que te ha ocurrido mientras los llevabas puestos. (Por ejemplo: «Me enrollé con mi primo segundo, Iván, mientras llevaba los vaqueros».)
7. Debes escribir a los demás miembros del Clan durante el verano, independientemente de cuánto te estés divirtiendo sin ellas.
 8. Debes pasar los vaqueros a los demás miembros de acuerdo con las especificaciones establecidas por el Clan. El incumplimiento resultará en unos buenos azotes en nuestro reencuentro.
 9. No debes llevar los vaqueros con una camisa por dentro y cinturón. Ver regla n.º 2.
 10. Recuerda: Pantalones = Amor. Ama a tus amigas. Ámate a ti misma.



En verano, la canción
se canta ella misma.

William Carlos Williams

PRÓLOGO

Si estás leyendo esto, puede que ya sepas de nosotras. O al menos de nuestros vaqueros. Si es así, puedes saltarte algunas páginas. Si no, quédate aquí conmigo un minuto. Intentaré que no sea un rollo.

Tal vez digas que no quieres leer un libro que hable de unos vaqueros. Y entiendo cómo te sientes. Pero créeme, estos vaqueros son épicos. Estos vaqueros tienen el asombroso poder de transformar a cuatro adolescentes corrientes en bellezas despampanantes con vidas repletas de emocionantes aventuras, además de hacer que los chicos más estupendos caigan siempre rendidos a sus pies.

Vale, estoy exagerando. En realidad los vaqueros no hacen eso. Pero nos mantienen unidas cuando estamos lejos. Hacen que nos sintamos seguras y queridas. Nos llevan a lugares adonde no nos atreveríamos a ir. Nos ayudan a saber qué chicos merecen la pena y cuáles no. Nos hacen mejores personas y mejores amigas. Todo esto, lo juro, es verdad.

Y encima nos sientan muy bien.

¿Quiénes somos? Somos nosotras. Siempre hemos sido nosotras. Todo ha sido gracias al gimnasio Gildas de Bethesda (Maryland, Estados Unidos), que impartió un curso de aeróbic prenatal hace unos dieciocho años. Mi madre, la madre de Carmen, la madre de Lena y la madre de Bi saltaron y sudaron durante un largo y embarazado

verano, y luego, en septiembre, cada una dio a luz una niña (y también un niño, en el caso de la madre de Bi). Que yo sepa, en aquellos primeros años nos criaron más como una camada de cachorros que como niñas independientes. Fue más tarde cuando nuestras madres empezaron a separarse.

¿Cómo podría describirnos a las cuatro? Utilicemos la metáfora de los coches.

Carmen sería un todoterreno de color rojo cereza, con motor de ocho cilindros en V, modificado para tener más potencia y con mucho consumo de combustible. Puede liarlo todo, pero es muy divertida, se pega a la carretera y se acelera a tope.

Lena tiene buen consumo para los kilómetros que recorre. Como esos coches híbridos. Sería buena para el medio ambiente y, naturalmente, para la vista. Tendría un GPS de última generación, pero a veces funcionaría mal. Tendría *air bags*.

Bi no tendría *air bags*. Quizá no tendría ni parachoques. Puede que ni tuviera frenos. Iría a un millón de kilómetros por hora. Sería un Ferrari azul marino pero sin frenos.

Y yo, Tibby, sería... una bici. No, es una broma (¡ya tengo edad para conducir, caray!). Mmmm... ¿Yo qué sería? Sería un potente Hyundai Coupe verde oscuro con un cambio de marchas de esos con los que nunca aciertas. Vale, tal vez es solo lo que *quisiera* ser. Pero soy yo la que está escribiendo esto, así que yo decido.

Los vaqueros llegaron a nosotras en el momento perfecto. Es decir, cuando íbamos a separarnos por primera vez. Fue hace dos veranos cuando empezaron a ejercer su magia, y las vacaciones pasadas sacudieron nuestras vidas de nuevo. No nos ponemos los vaqueros todo el año. Los dejamos descansar durante el curso, así son mucho más poderosos cuando llegan las vacaciones. Bueno, este in-

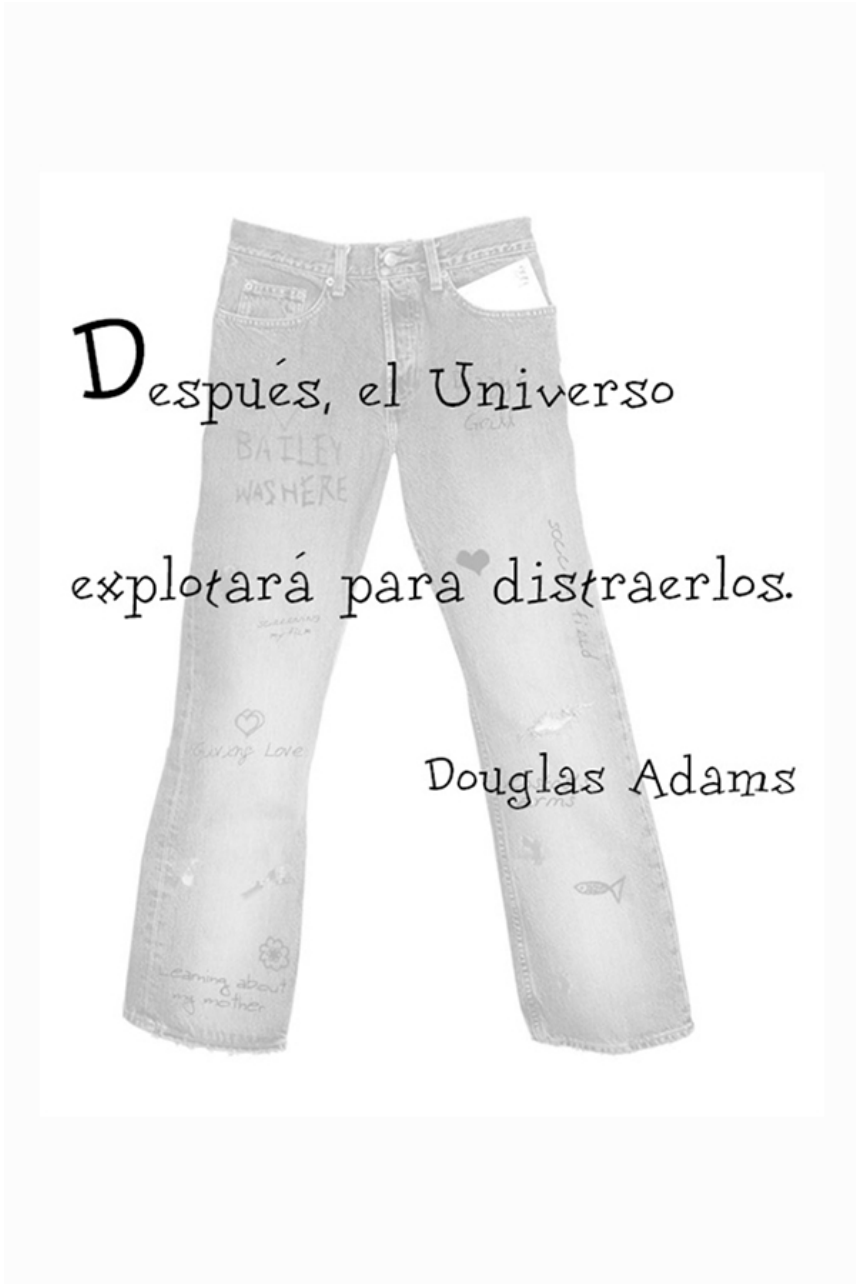
vierno Carmen se los puso para la boda de su madre, pero fue un caso especial.

Hace dos años, pensábamos que nuestro primer verano separadas iba a ser algo terrible. Pero ahora nos enfrentamos al último que pasaremos juntas. Mañana nos graduamos del Bachillerato. En septiembre nos vamos a la Universidad. Y no es como en esas series de televisión en las que todas, por arte de magia, acabamos en la misma. Vamos a cuatro universidades distintas en tres ciudades diferentes (pero todas a cuatro horas de distancia entre sí, esa fue nuestra única regla).

De las cuatro, Bi es la peor estudiante, y la aceptaron en todas las universidades donde lo solicitó. Acabó optando por Brown. Lena decidió, en contra de lo que le aconsejaban sus padres, estudiar Bellas Artes en la Escuela de Diseño de Rhode Island. Carmen se va a Williams, que es lo que siempre ha soñado, y yo empiezo a estudiar Cine en la Universidad de Nueva York.

De los cambios que hay en la vida, este es uno muy, muy gordo. Si fueras mi padre, dirías: «Venga, si os veréis todas el Día de Acción de Gracias». Pero si fueras yo, te darías cuenta de que la vida, como la hemos conocido hasta ahora, ha terminado. Nuestra infancia compartida está llegando a su fin. Tal vez nunca volvamos a vivir aquí. Puede que nunca volvamos a estar en el mismo sitio. Partimos para empezar nuestras propias vidas. Para mí es la caña, pero pensarlo es también lo que más me asusta en este mundo.

Mañana por la noche, en el gimnasio Gildas, lanzaremos los vaqueros a su tercer viaje de verano. Mañana empieza el momento más importante de nuestras vidas. Es cuando más vamos a necesitarlos.



Después, el Universo

explotará para distraerlos.

Douglas Adams

— **B**ien. Bi con Greta, Valia y Lena —ordenó Carmen guiando con la mano a una abuela despistada.

Bi y Lena entrelazaron sus piernas intentando ponerse la zancadilla la una a la otra, mientras Carmen disparaba con su cámara digital.

—Vale, esto... Effie y... esto... Perry. Y Katherine y Nicky. Con Tibby, Lena y Bi.

Lena le lanzó una mirada. A Lena no le gustaban las fotos.

—¿Te pagan comisión o algo? —preguntó malhumorada.

Carmen se apartó el pelo del cuello sudado. La toga negra brillante no dejaba pasar el aire. Se quitó el birrete (¿a quién se le habrá ocurrido ese nombre?) y lo sujetó bajo el brazo.

—Juntaos más, por favor. Perry se sale.

Katherine, la hermana de tres años de Tibby, berreó enfadada cuando su hermano mayor, Nicky, le pisó el pie.

No era culpa de Carmen que sus amigas tuvieran familias grandes. Pero, vaya, era el día de la graduación. Era un gran día. No quería que faltara nadie. Ella no tenía hermanos oficiales, así que debía sacar el mayor partido de los extraoficiales.

—No hay sombra —indicó amargamente Valia, la abuela de Lena.

Era un campo de fútbol. Carmen se imaginó por un momento el problema que supondría un olmo o un roble plantado en el centro del campo de juego. Este pensamiento le hizo girarse hacia el ruidoso grupo de graduados del equipo de fútbol que estaban con sus familias y

admiradores. Era una de las muchas tribus y peñas repartidas por el caluroso campo; el orden social resistiendo hasta el último momento.

La abuela y la madre de Carmen miraron a Albert, su padre, como si le echaran la culpa por el implacable calor. Carmen casi podía leer la mente de su abuela: si Albert había sido capaz de dejar a Cristina, la madre de Carmen, ¿de qué no sería capaz ese hombre?

—Ahora la grande, ¿vale? ¿Os ponéis todos?

Había sido una mañana muy larga. Carmen sabía que estaba cansando a todo el mundo. Al llegar a este punto, ella misma estaba irritándose. Pero ¿quién más se preocupaba por la posteridad, eh?

—La última, lo juro.

Colocó a los padres y a los chicos mayores detrás. Incluso al padre de Lena, no porque fuera alto (Bi le sacaba por lo menos ocho centímetros), sino porque Carmen, en general, se tenía por persona considerada, modestia aparte.

Colocó a las abuelas y a las madres en la fila siguiente. Valia, la madre de Carmen, la anciana bisabuela de Tibby, Felicia, que no sabía dónde estaba, Greta dándose palmatitas nerviosas en la permanente. Luego, Ari con su elegante traje beis, Cristina mirando constantemente hacia atrás, a su nuevo marido, David, la madre de Tibby con barra de labios en los dientes. Y la mujer de Albert, Lydia, dispuesta a participar, pero con aspecto de no querer ocupar ni un centímetro más de lo que le correspondía.

Para terminar, Carmen pidió a los demás hermanos que se pusieran en su sitio. Effie puso cara de pocos amigos por tener que arrodillarse al mismo nivel que Nicky y Katherine. Tibby convenció a Brian de que abandonara el extremo y se pusiera en la última fila.

Y luego llegó el turno de las «Septiembre». Se sentaron delante formando una masa de poliéster negro caliente con un hueco en el medio para Carmen.

–¡Vale! ¡Genial! –les gritó Carmen para animarlos–. Ahora quietos un segundo.

Carmen casi obligó a la señorita Collings a dejar la plataforma. Era la profesora que más veces había mandado a Carmen al pasillo, pero era también la que más la quería.

–Ya estamos listos –dijo Carmen–. Aquí.

Y le mostró a la señorita Collings el emplazamiento que quería para la cámara. Carmen miró por el visor durante un momento. Los vio a todos reunidos dentro del pequeño cuadro: sus queridas amigas, su madre, su madrastra, su padrastro, su padre de verdad, su abuela. Las madres de sus amigas, sus padres, sus familias, a las que sentía tan cercanas como si fueran suyas. Ahí estaba toda su vida, justo ahí. Su tribu. Todo lo que importaba.

Y ese momento. De alguna manera, ese era el gran momento. Todos celebrando un día y un logro que pertenecía a las cuatro por igual. Era la culminación de una vida compartida.

Carmen se lanzó a su montón de amigas. Gritó, de pura emoción, y eso hizo que las demás se pusieran a gritar. Sintió la presión de sus cuerpos y el grupo se fundió a todos los niveles: los brazos rodeando los hombros y las cinturas, las mejillas presionadas unas contra otras, arrugadas y a la vez lisas. Entonces, Carmen rompió a llorar y supo que iba a salir en la foto con los ojos hinchados.

Lo admito, Tibby estaba de morros. Lo único que podía ver eran cambios. Únicamente se hablaba de cambios. No le gustaba que Bi llevara tacones dos días seguidos. Le fastidiaba que Lena se hubiera cortado el pelo ocho centímetros. ¿Es que nadie podía dejar las cosas en paz solo unos minutos?

Tibby se adaptaba lentamente a los cambios. En preescolar, sus maestros decían que tenía problemas con las transiciones. Para buscar información, Tibby prefería mirar hacia atrás más que hacia adelante. En cualquier momento, consideraba más útil el boletín de notas de la guarde-

ría que lo que le pudiera contar un adivino. Era el autoanálisis mejor y más económico.

Tibby vio el gimnasio Gilda's desde la misma óptica. Estaba cambiando. Sus días de gloria de finales de los ochenta quedaban muy lejos. Se le notaba la edad. El suelo de madera, antes reluciente, estaba ahora rayado y opaco. Uno de los paneles de espejo estaba roto. Las colchonetas parecían tan viejas como Gilda y se habían limpiado mucho menos. El gimnasio intentaba ponerse al día impartiendo *kickboxing* y yoga, según se indicaba en una gran pizarra, pero a Tibby no le parecía que eso ayudara mucho. ¿Qué pasaría si Gilda cerrase? Qué idea tan terrible. Quizá debería inscribirse para tomar clases. No, eso sería muy raro, ¿no?

–Tibby, ¿estás lista? –Lena la miraba con preocupación.

–¿Qué pasaría si Gilda cerrase? –Tibby abrió la boca y eso fue lo que salió. Carmen, que sostenía los pantalones vaqueros compartidos; Lena, que encendía las velas, y Bi, que estaba probando los interruptores de la luz cerca de la puerta, se volvieron para mirarla.

–Fijaos en este sitio –Tibby señaló alrededor–. Quiero decir, ¿quién viene aquí?

Lena estaba confundida.

–No sé. Alguien. Mujeres. Gente que hace yoga.

–¿Gente que hace yoga? –preguntó Carmen.

–Qué sé yo –respondió Lena, riéndose.

Tibby era la que tenía más capacidad para distanciarse emocionalmente, pero aquella noche salió todo a flote. Sus pensamientos irracionales sobre Gilda's hicieron que se sintiera desesperada, como si la muerte del gimnasio pudiera tragarse la existencia de todas ellas, como si un cambio del presente pudiera borrar todo el pasado. El pasado le pareció frágil. Pero el pasado ya estaba fijado, ¿no? No podía cambiarse. ¿Por qué sentía esa necesidad de protegerlo?